

La memoria colectiva y el papel de los relatos que las madres cuentan a sus hijas: revisión de la historia europea de postguerra

The collective memory and the role of the stories told to daughters by their mothers: a review of postwar european history

Selma Leydesdorff

Belle Van Zuylen Instituut. Amsterdam

Recibido el 4 de octubre de 1993.

Aceptado el 20 de diciembre de 1993.

BIBLID [1134-6396(1994)1:1; 39-48]

RESUMEN

Este trabajo nos muestra cómo el feminismo se introduce en campos hasta ahora inexplorados: la combinación entre historia oral y teoría sobre el papel de la conciencia colectiva, dando por supuesto que los recuerdos de las mujeres son diferentes de los de los varones. Examina cómo los relatos que las mujeres se cuentan entre sí pueden aportar nuevas ideas al conocimiento de la historia europea de postguerra al indagar en los significados que se asignan a lo que se consideran acontecimientos, las identificaciones y la subjetividad como parte de la investigación histórica.

ABSTRACT

This study shows how feminism was introduced in fields left unexplored until now: the combination of oral history and the theory of the role of the collective conscience, given that women's memories are different than those of men. The author looks at the way in which stories told by women to other women can contribute new ideas to the body of knowledge of postwar European history by questioning the significance of identification and subjectivity as part of the research surrounding those events considered to be of historic importance.

Palabras clave: Historia oral. Memoria colectiva. Recuerdos de mujeres. Europa. Contemporánea.
Key words: Oral history, collective memory, women's memories, Europe, contemporary.

“¿Cuál es nuestra relación con el pasado, con nuestro reciente pasado fascista y nacionalsocialista, que tanto nos pesa en la conciencia y que ensombrece nuestra memoria histórica y social? ¿Quiénes somos, en tanto individuos, en relación con este pasado? ¿Tenemos opciones ante lo que el pasado nos impone? ¿De qué estrategias disponemos para enfrentar el pasado? ¿Recordar? ¿Olvidar? ¿Hay otras?”.

Estas palabras no son mías, sino de la historiadora Renate Siebert, que trabaja en la Universidad de Calabria, y están tomadas de la introducción de su artículo "No olvidar, fragmentos de una tradición negativa", que apareció en el *Primer Anuario Internacional de Historia Oral e Historias de Vida*. La parte principal de su emocionante e indignado artículo trata de la eliminación del apoyo masivo al fascismo en la memoria colectiva consciente de los historiadores italianos. Para esta autora, dicha eliminación equivale a ignorarlo todo, a hacerse el distraído, a negarse a reconocer y, "lo que es más importante, a arrojar fuera del universo mental personal todo lo que plantea un problema".

Los relatos de testigos directos y la memoria son las principales fuentes de toda escritura de historia contemporánea e incluso de historia moderna, pues la escritura moderna de la historia tiene que ver tanto con experiencias subjetivas de individuos como con las de grupos y colectividades. En efecto, esas experiencias nos dan una idea de la mentalidad de una época, y las cuestiones que plantean tal vez puedan extrapolarse a fuentes más antiguas. Son fuentes muy accesibles y abundantes, de tal suerte que el problema fundamental reside en su selección, mientras que para otros períodos históricos podría ser difícil encontrarlas. Como especialista en el campo de la historia oral, me centraré en las posibilidades a que da lugar la combinación entre la investigación sobre la base de la historia oral y un marco teórico más general acerca del papel de la conciencia colectiva. Combinar estas dos cosas —la teoría y la ingente cantidad de datos acumulados— es el desafío por excelencia para toda escritura moderna de la historia. No responderé aquí al problema general acerca de si los recuerdos de las mujeres son diferentes de los de los varones —lo doy por supuesto, pero no sé exactamente de qué manera—, sino que me dedicaré a examinar de qué manera las cuestiones relativas a los relatos que las mujeres se cuentan entre sí pueden aportarnos nuevas ideas sobre modos diferentes de abordar la historia europea. En consecuencia, en mi calidad de historiadora oral, prestaré atención a tres campos del estudio de la historia europea contemporánea y trataré de pensar conjuntamente con los lectores si —y en caso afirmativo, cómo— puede una feminista incursionar en terrenos desconocidos hasta ahora. Los campos mencionados son:

- a) los relatos que las madres cuentan a sus hijas acerca de la guerra;
- b) la llegada de mujeres inmigrantes a nuestra sociedad, y la manera en que las madres cuentan a sus hijas la historia de la sociedad antigua;
- c) el nacionalismo, con su engañosa cuestión del apoyo femenino masivo.

Todo recuerdo es modelado por la memoria individual en combinación con la memoria colectiva. El primero en utilizar la expresión "memoria colectiva" fue el sociólogo francés Maurice Halbwachs. Lo que Halbwachs se proponía decir con ella era que la gente es proclive a recordar conscientemente los

acontecimientos integrados en estructuras sociales. La conciencia colectiva del pasado se puede rastrear en historias nacionales, en la imagen dominante del pasado, en la cultura política y en la historiografía dominante. Puesto que todos los acontecimientos están integrados en esas estructuras, hay partes de la memoria que se recuerdan menos que otras. Toda persona realiza una selección sobre la base de lo que de ella se espera que recuerde. Así, pues, todo relato en una entrevista surge de la combinación de la memoria colectiva y la memoria individual, y es transformado por nuestra identidad en la misma medida en que esta última es modelada por nuestros recuerdos. Un paso más: la identidad de toda posible mujer individual se basa en la interacción de la memoria colectiva del grupo al que pertenece y la memoria de su vida personal, que se enmarca en la memoria colectiva, ya como parte de ella, ya como su contrapartida.

Hay acontecimientos que raramente forman parte de la memoria colectiva, como, por ejemplo, los que se producen tras las puertas cerradas de las casas o las maneras en que se constituyen las identidades. Al estar excluidos, son más difíciles de recordar. No parece haber sitio para ellos; no son colectivos.

En la memoria colectiva no hay lugar para la historia de experiencias femeninas. Se funden con nociones generales acerca de la historia, como los acontecimientos que se tienen por neutrales desde el punto de vista del género —guerras, hambrunas, tormentas—, y si se recuerda la historia con más detalle, se hace en términos tales que la experiencia queda descartada. En cierto sentido, las mujeres están privadas de participación en la historia colectiva. Sin embargo, sabemos que las mujeres tienen recuerdos, que una buena parte de la tradición y la memoria colectiva se pasa de una generación de mujeres a otra. Las madres cuentan a sus hijas relatos de mujeres acerca del pasado. Esos relatos parecen estar al margen de la memoria colectiva; pero, una vez más, también son moldeados por esta última.

Son muchos los ejemplos sobre los cuales podría explayarme aquí. Sin embargo, dirigiremos la atención a la historia del fascismo y la Segunda Guerra Mundial, en tanto acontecimiento capital del último siglo. Comenzaré con mi país, Holanda. Tengo que empezar con ciertos hechos históricos que parecen prácticamente desconocidos fuera de Holanda. Durante la guerra murieron aquí más judíos que en ningún otro lugar de Europa Occidental. La cifra de más del 75 por ciento sólo es comparable con la que podemos hallar en la Europa Oriental, ya que —para quienes no lo saben— en Francia no se supera la del 25 por ciento. Esto tuvo estrecha relación con la naturaleza del régimen nazi, que fue civil y no militar, pues se consideraba que Holanda era un país germánico. De aquí que el ocupante ejerciera un control más estrecho sobre la sociedad que en ningún otro sitio de Europa, lo cual se manifestaba, entre otras cosas, en una vastísima fuerza de policía. Una de las razones que se han aducido para explicar el gran éxito de la deportación rápida de los judíos holandeses es la satisfacción alemana por el modo en que los holandeses llevaban las cosas, por una burocracia

cia que trabajaba eficientemente. A los judíos holandeses, por otro lado, no se los usó para el antisemitismo o la persecución abiertos, y quizá hayan tenido menos oportunidades de hallar maneras de escapar. La población cooperó con la burocracia, la gente se adaptó a la nueva vida y a los nuevos ocupantes del poder. La burocracia holandesa puede caracterizarse por su rigor. Su registro fue casi perfecto y no hubo sabotaje al sistema.

Para la memoria nacional colectiva dominante de Holanda, la mayoría de los holandeses fue antialemana. Hasta hace unos diez años, quienes escribieron la historia de la Segunda Guerra Mundial destacaban este rasgo democrático fundamental de la población holandesa. Ahora, una nueva generación de historiadores ha comenzado a reconsiderar esta idea. La gente tenía que sobrevivir, y un cierto grado de adaptación a las nuevas circunstancias incluía el hecho de mirar hacia otro sitio cuando se concentraba a los judíos en la calle. Nos encontramos ante un problema moral, muy similar al de la evaluación histórica del comportamiento de los pequeños *apparatchik* de los países otrora comunistas, o la conducta de la clase trabajadora alemana.

Pero esta conducta personal no se cuestiona, pues de todos, salvo de un puñado de colaboradores, se supone que estuvieron en el lado correcto.

Una mitología no cuestionada acerca del pasado puede considerarse una forma de silencio: hay cosas que se omiten de la historia. En la historia no hay actores, sino sólo una vaga población asexuada, invisible en la densa niebla del olvido y la negación. Bajo una ocupación, la población no tiene sexo. Es gente hambrienta, y las imágenes distan mucho de lo que nos permite vislumbrar la escasa investigación moderna sobre la vida cotidiana. Asombrosamente, la víctima extrema, el judío, tampoco tiene sexo. Ella/él es extraído/a de su contexto, y forma parte del rebaño que se arrojaba a paladas en un tren. No hay nadie con una vida real antes de la guerra (a no ser en forma de nostalgia). La persecución de los judíos es signo de barbarie, lo que ocurrió a las judías no forma parte de la verdadera historia sexuada del antisemitismo en Europa, donde el prejuicio contra la mujer judía es una de las claves de la cuestión. Hasta hace muy poco no se prestó atención a los riesgos particulares que corrían las niñas cuando se ocultaban (podían ser violadas), la humillación del estigma de prostituta para las mujeres judías, el modo en que se abusaba de ellas no sólo como judías, sino particularmente como mujeres. La víctima judía no es víctima de una policía meramente racista, sino también patriarcal.

Paralelamente, raramente la historia de la ocupación ha sido escrita por personas que tuvieran alguna idea de la historia de las mujeres y de su problemática y enfoques. Esto necesitaría una investigación completamente nueva.

Podría argumentarse de inmediato que la víctima judía mejor conocida de la guerra es una niña holandesa: Ana Frank. Su diario es el relato de la jovencita que crece, con sus amores y sus pequeñas preocupaciones en un mundo hostil. Ésa es precisamente la razón por la que el libro es tan emocionante. Pero la

presentación de su diario nunca ha tenido nada que ver con un análisis moderno normal de la política sexual del nazismo. Está inserto en un contexto desexualizado. Es una niña que crece y a quien amenaza la barbarie, no una combinación de política racista y de política antifemenina. Sin embargo, sabemos que toda acción de los nazis hundía también sus raíces en una visión extremadamente sexista del mundo.

Puesto que la memoria colectiva se funda en el relato personal del pasado, y a la inversa, puede suponerse que las madres contaban de una manera muy particular historias de la guerra a sus hijas. Había habido ocupantes, el mal, pero las holandesas no pertenecían a ese mundo. Por otra parte, podemos suponer —y, en aras de la claridad, es aquí donde debería comenzar la investigación— que la vergüenza personal o el sentimiento de culpa no se expresó. ¿Cómo podía ser de otra manera, dada la existencia de esta mitología nacional? El moralismo acrítico, donde sólo existen el bien y el mal, se ha reproducido en el movimiento de las mujeres. El nazismo es algo contra lo cual se está desde un punto de vista moral, pero no se analiza ni se aclara por qué las feministas tienen razones especiales para ser antinazis, salvo el hecho de oponerse a todo mal.

Veamos un ejemplo de este silencio: los archivos de la ciudad de Amsterdam están llenos de informes realizados por trabajadoras sociales que visitaban casas de judíos, incluso después de estallar la guerra. Estas trabajadoras sociales fueron testigos directos de la lenta marginación de los judíos respecto de la sociedad holandesa. Pero en los informes no se hace ninguna referencia a esto. Describen necesidades financieras, cómo había gente que abandonaba sus casas sin explicar por qué (estamos en 1942, época de deportación en masa), la necesidad extra de comida o la excesiva rapidez del empobrecimiento. Ésas son las mujeres que podían evitar hablar de ello para siempre, ya que su actitud durante la guerra nunca se cuestionó. Me pregunto por los relatos que contaron y que cuentan hoy sus hijas. Supongo que cuentan que estaban en el lado bueno, puesto que no eran colaboradoras. Pero, ¿qué es lo que no contaron? ¿Cuáles son las consecuencias de ese silencio para la identidad y los valores de sus hijas? Mediante entrevistas sin juicio previo y en las que se les permitiera hablar libremente (*paroles pleines*, como dicen los franceses) podríamos descubrir las maneras en que con posterioridad han dado forma a sus identidades. Hay técnicas para hacer tal cosa, y nuestra comprensión de cómo en toda vida se concilian formas de conducta contradictorias puede ayudarnos a entender no sólo los recuerdos personales y la versión de los historiadores, sino también cuál es la relación de las mujeres con la memoria colectiva.

Mediante el uso de la historia oral como única fuente posible para distinguir el pasado personal del colectivo, podemos hallar las vías por las cuales se puede construir la identidad, y el modo en que una memoria distorsionada forma parte de tal identidad. La historia oral no se emplea para añadir hechos a lo que ya conocemos por fuentes escritas, sino como medio por el cual encontrar el

desarrollo de una memoria personal. Es aquí donde la historia oral se vincula de un modo más fructífero con el enfoque de los relatos de vida que desarrollan los sociólogos en una infinita variedad de formas. Ya no buscamos acontecimientos, sino los significados que se asignan a lo que se considera acontecimientos; buscamos identificaciones y la subjetividad como parte de la investigación histórica.

Este enfoque también puede ser útil en otros países. Tomemos, por ejemplo, Alemania, donde las mujeres apoyaron masivamente el régimen nazi. Éste es un tema de confrontación en muchos debates sobre la historia de las mujeres en aquel país. Hay historiadores que acentúan la heroica fuerza de las mujeres que sobrevivieron al sufrimiento de los bombardeos, sin mencionar ese apoyo masivo. Por otra parte, también hay historiadores, aunque menos, que destacan los aspectos negativos de las mujeres que aplaudían el liderazgo nacionalsocialista y emiten un juicio muy duro. Para mí, ambos enfoques son interesantes, pero mi interés comienza allí donde la heroína y la víctima se enfrentan al victimario: son las mismas personas. Esto parece incluso más interesante en el caso de la ex R.D.A., donde no había "víctima", ni tampoco atracción masiva de las mujeres por el nacionalsocialismo. La R.D.A. sólo conocía luchadoras de la resistencia y criminales del bando nazi, y descuidaba por completo el problema de establecer exactamente dónde había estado la masa del pueblo alemán. Allí, la percepción del pasado es una fusión entre las distorsiones de un pasado nazi y de un pasado comunista en combinación con el papel extremadamente problemático de las mujeres tanto bajo el gobierno fascista como bajo el gobierno comunista. Se trata del tipo de conocimiento marginal a la conciencia, desconcertante, de una escena que ha quedado en el mundo del espíritu entre el conocimiento consciente y el inconsciente. Esta idea de la relación entre el victimario y la víctima se hace patente en la historia que escriben todos los totalitarismos. La historiadora oral rusa Irina Scherbakowa se ha explayado sobre esta relación problemática en su obra sobre las reclusas de las prisiones soviéticas y del gulag, donde la acusadora podía ser acusada al día siguiente, y lo mismo valía para la espía o la delatora. Aunque es muy escasa la investigación académica a disposición del estudioso occidental, tengo la impresión de que estos elementos se combinan en los relatos de millares de las esposas que se han calificado de "traidoras a la patria" y que sólo recientemente han comenzado a hacer oír sus demandas de rehabilitación. Sólo muy pocas personas pudieron sobrevivir sin denunciar a otras.

Hasta ahora me he concentrado en las narraciones de la historia. El estudio de los procesos históricos nos acerca a la historia de las mentalidades, disciplina en la que, durante el último medio siglo, los historiadores han supuesto que los cambios en la subjetividad y la experiencia forman parte de nuestro conocimiento histórico. El campo de la historia de las mentalidades es más amplio e incluye también la transmisión de la cultura, que no sólo es transmitida en relatos, sino

también en lo que el historiador francés Alexis de Tocqueville ha llamado las costumbres del corazón, y que en la polémica reciente sobre historia oral ha sido parafraseado, con el uso de la terminología de Bourdieu, como "hábitos del corazón". Los hábitos del corazón se refieren a normas, valores, manejo de sentimientos. Tienen que ver con nuestra manera de pensar en cómo debemos comportarnos, qué experimentamos como placentero, la separación de los papeles masculino y femenino y las distintas maneras de organizar la vida cotidiana. Todos esos hábitos cambian al mismo tiempo que cambia nuestra sociedad. La vida privada se moderniza interminablemente y parece ingobernable; los cambios se producen por sí mismos y la gente procura interminablemente adaptarse a ellos lo mejor que puede. Una y otra vez vuelve a establecerse el equilibrio entre lo familiar —y, por lo tanto, bueno— y lo nuevo, que a veces se percibe como bueno y a veces como malo. En medio de este torbellino, los modelos de vida cotidiana se repiten interminablemente, al igual que los relatos acerca de ellos.

Quisiera ampliar la idea que antes he presentado sobre el valor de las entrevistas, a fin de aplicarlas al estudio de otro fenómeno de la historia europea reciente, pero en este caso el relato incluye también el estudio de la experiencia, y no sólo el desarrollo de la memoria. En cierto sentido, damos un paso adelante. Nuevamente, se trata de una evaluación de las posibilidades de futura investigación, sobre la base de la experiencia de la historia oral moderna y de la investigación de los relatos de vida.

Todos los europeos nos enfrentamos a los cambios masivos a que ha dado lugar la llegada de los llamados "nuevos inmigrantes", que son gente que vive entre nosotros a veces durante mucho tiempo y a la que algunos nos hemos acostumbrado más que otros. La mitad de ellos, o poco menos, son mujeres. Sabemos que los gobiernos europeos tratan de unificar sus respectivas políticas respecto de estos nuevos europeos, pero sabemos muy poco de las experiencias de las mujeres inmigrantes. ¿Qué ha ocurrido con sus hábitos del corazón? ¿Cómo han vivido ellas cambios tan bruscos y profundos? ¿Qué forma ha tomado la confrontación con la cultura europea dominante? ¿Qué significa adaptarse? ¿Dejan de lado la vieja sociedad, piensan que la vida es mejor aquí, o tienen sentimientos ambivalentes? Y, ¿cómo podemos estudiar estas cuestiones? Sólo últimamente, las hijas de las inmigrantes marroquíes y argelinas en Francia han comenzado a expresar sus sentimientos ante esta problemática, pero la información todavía es escasa.

Como historiadora, me interesa conocer esta historia al margen de la conciencia colectiva, porque no sólo nos cuenta la historia de mujeres inmigrantes, sino también la del país en el que inmigraron. Se trata de una historia que no encaja en el conocimiento general del pasado.

También se supone en general que las mujeres tienen un papel que les es propio en la transformación de la cultura, y que son decisivas en el manteni-

miento de la tradición o de antiguos hábitos. Y esto es precisamente, para ellas, lo mejor de sí mismas, lo que ha cultivado la memoria de los ancianos. Decimos estas cosas, pero no sabemos cómo operan. Es aquí donde comienza el desafío, pues en esas memorias podemos investigar mediante la utilización de la historia oral. Si la memoria es tan decisiva, podemos estudiar el papel de las mujeres en la transformación de la cultura.

Por supuesto que soy consciente de que toda cultura es problemática. "El término 'cultura' (*culture*) es uno de los más complicados de la lengua inglesa", dijo el teórico británico Raymond Williams. Williams relacionó la idea de cultura con la de "ser cultivado", que data del siglo XVIII. La transferencia de lo que se considera cultivado siempre ha existido como parte de la identificación grupal. No es raro que se llegue incluso a inventar con posterioridad procesos culturales y tradiciones para reforzar la identidad.

Permítaseme adherir a esta noción bastante vaga de cultura como acontecimiento social del que son portadores los individuos y se hacen efectivos en escenarios, en situaciones, tales que son siempre al mismo tiempo sociales y colectivas. Pero no sabemos, a pesar de todo, cómo se transfiere la cultura de una generación a otra, ni cómo lo hacen los hábitos del corazón. Puesto que no forman parte de la memoria colectiva, no se los recuerda de manera colectiva. Esto se pone particularmente de manifiesto entre las personas que viven su cultura propia y se integran en otra, o que funden su propia cultura con otra, por ejemplo, como resultado de la imperiosa necesidad de integrarse y asimilarse. Pierden partes de su marco de referencia, pero también hay partes de su herencia cultural que resultan reforzadas.

Pero la cultura se expresa a menudo en terminología sesgada por el enfoque genérico. Cuando los periódicos hablan de la integración de nuevos inmigrantes, lo cual es una transformación de cultura, ponen de relieve la necesidad de aprender la lengua a fin de actuar en la esfera pública. Esto también es válido para la necesidad de ir a la escuela, de participar en decisiones políticas. Difícilmente piensa la gente —si es que lo hace alguna vez— en la sexualidad, la proximidad física, las distintas maneras de organizar la vida privada. En mi estudio sobre la cultura proletaria judía he llamado la atención sobre el hecho de que la pureza, en su sentido más religioso, ha sido sustituida por un sentido modernizado de higiene. La mujer que para sentirse limpia tenía que asistir a un baño ritual, sustituyó esto por una ducha periódica. También la menstruación y su significado simbólico, que tanta importancia revestía, dejó paso a un debate sobre si las mujeres jóvenes debían usar tampones. La religión, que fue parte de la vida cultural, ha sido reemplazada por una cultura secular en la que los acontecimientos correspondientes al mundo femenino cobraron nueva significación.

La historia oral puede proporcionarnos una estrategia para estudiar, en gran medida, esos cambios desde su perspectiva posible. Nos capacitará también para

comprender la relatividad de nuestra propia cultura. Para ello escogemos los relatos biográficos, en los cuales los historiadores orales y los sociólogos han desarrollado un tipo de entrevista que deja gran espacio al entrevistado para que cuente su historia personal. Lo mismo que en la sesión psicoanalítica, el historiador no escoge prestar atención a los acontecimientos eclécticos relacionados con las cuestiones que preocupan en el presente, sino que se crea un relato cronológico a partir de la primera infancia. La historia se despliega como si fuera de naturaleza orgánica. A veces, las digresiones y los detalles ofrecen más información acerca de la visión retrospectiva de toda la vida. Se deja que sea el propio entrevistado quien dé sentido a su vida y a su historia.

Este procedimiento es una empresa arriesgada para la que las mujeres han de apoyarse en lo que recuerdan en medio de una sociedad que ha sido despojada de los acontecimientos culturales que ellas pueden recordar. En los relatos, podría ocurrir que el significado no tuviera un significante correspondiente. Los recuerdos que acuden a la conciencia nunca son fácticos, sino que están compuestos de los diversos significados que se asignan a la cultura en las diferentes sociedades y las distintas culturas.

Debido a esta problemática, he sugerido realizar el estudio de las mujeres a partir de tres generaciones atrás en el seno de una misma familia. Esto podría permitirnos percibir las transformaciones entre las distintas generaciones de mujeres y comprender el significado cambiante de los hábitos del corazón. Nos ofrecen un cuadro de pautas de familia, costumbres y actitudes cambiantes respecto de la nueva sociedad, aquella a la que han inmigrado. Nunca nos presentarán la realidad si la buscamos en términos absolutos, sino la experiencia subjetiva de lo que se ha experimentado como real. Comprendemos por qué hay niñas de familias islámicas seculares que deseen volver al velo.

Un estudio en que el investigador escucha el relato de tres generaciones puede mostrarnos una línea más prolongada en la transmisión de cultura, como, entre otras cosas, una pauta cultural entre mujeres. La complicación consiste en que no toda explicación oral del pasado es espontánea. Al margen de su relación con la memoria colectiva, se expresa en géneros literarios y narrativos, como ha sugerido Elisabeth Tonkin en su libro reciente titulado *Narrating our Pasts*. Con la expresión "géneros literarios y narrativos" se refiere a las formas establecidas de representación y a las reglas aceptadas de interpretación. Los recuerdos se parecen entre sí, en parte, porque están preestructurados por las mismas maneras de contar, comparten modelos de géneros literarios, tanto escritos como orales.

Pero, ¿son mero género literario los relatos de las madres acerca de sus hijas, y los relatos de las hijas acerca de sus madres? La respuesta es un "sí" vacilante: toda cultura tiene maneras según las cuales una generación cuenta relatos a la otra. A pesar de todo, valdrá la pena estudiar esas maneras y buscar el "metarelato" detrás del género literario. Este metarelato podría hablarnos a

su vez de los hábitos del corazón. El metarrelato vinculado a la memoria colectiva es el que podría capacitarnos particularmente para desconstruir los cambios a largo plazo en la historia de las mujeres. El enfoque avanzado nos proporcionará maneras de estudiar la repetición y lo que a largo plazo no parece importante para el discurso público. Es una investigación abierta a todos los historiadores interesados en la historia sin mayúscula. Hasta puede oponerse a la Historia con mayúscula. Lo importante resulta ser el relato individual, que no es solamente individual.

Pensemos juntos en uno de los principales relatos de nuestra historia europea de hoy: el del nacionalismo y la identidad nacional. Irónicamente, es uno de los géneros en que la gente habla de la historia en muchos sitios. Aunque me había propuesto extenderme más a este respecto, sólo podré ofrecer aquí una aproximación tentativa.

El nacionalismo se analiza en términos ya sesgados por el enfoque genérico, como Patria, luchas heroicas, expansión territorial, orgullo. Toda esta terminología tiene su origen en siglos de derramamiento de sangre y de mutuo enfrentamiento de pueblos. La identidad nacional se analiza de otra manera: aquí encontramos términos como sangre, tierra, linaje o, en síntesis, la comunidad imaginada. Aquí aparecen las mujeres. La combinación de esas dos cosas es lo que nos aterroriza, pues la terminología nacionalista subordina o utiliza la otra. Sin embargo, estoy convencida de que si, por detrás de este nuevo género literario, que tan persistente y familiar nos parece a tantos, tratáramos de distinguir el metarrelato, tal vez podríamos entender por qué la gente lo necesita o lo emplea. Tal vez podríamos entender por qué las mujeres, que no tienen nada que ganar con una guerra o un movimiento nacionalista, se suman masivamente a esta retórica. No hay para ellas nada que ganar en la guerra y el derramamiento de sangre; ni para los hombres. Podríamos entrevistarlas, y entrevistar a sus madres. Averiguar qué significado tiene para ellas el nacionalismo, dónde su relato familiar interfiere con la historia general del nacionalismo. Estoy convencida de que nos encontraremos con asombrosas interacciones de unas generaciones sobre otras en la línea femenina de descendencia.

A mi juicio, esto es tan importante como comprender por qué las mujeres dan su apoyo al integrista islámico, igualmente amenazante para su posición. A nuestros ojos, no tienen nada que ganar con el hecho de ponerse un velo. Sin embargo, es evidente que eso da a las mujeres un sentimiento de pertenencia y a nosotras una oportunidad para considerar por qué necesitan ese sentimiento. No cabe duda de que surge de una modernización rápida de sus hábitos de corazón, que nosotras, como historiadoras, podemos tratar de comprender. Esto muestra, una vez más, que la historia de las mujeres es política, aun cuando, en apariencia, se planteen problemas exclusivamente científicos.